

POR UNA SOCIOLOGÍA CRÍTICA DE LA VITALIDAD:

Esbozo de un nuevo programa de investigación

FOR A CRITICAL SOCIOLOGY OF VITALITY:

outline of a new research program

Danilo Martuccelli¹

Resumen. El artículo presenta los grandes lineamientos de una sociología de la vitalidad. Desarrolla la propuesta en tres grandes etapas. En primer lugar, compara en términos críticos la escasa desnaturalización a la que han sido sometidas las categorías propiamente etarias (adolescencia, juventud, adultez, vejez, etc.) con respecto a lo que se ha producido en otras categorías identitarias (clase, género o etnicidad). En segundo lugar, apoyándose en lo anterior, el artículo propone una estrategia analítica de desnaturalización, disociando los grupos etarios y la cuestión de la vitalidad. Para ello se formula una problematización específica de la vitalidad diferenciando entre sus dos grandes fuentes de energía, metabólica y social, y caracterizándola como una dimensión trans-etaria. En tercer lugar, se presenta a título ilustrativo algunas de las nuevas problematizaciones que es susceptible de inducir una sociología de la vitalidad con respecto a la sociología de los grupos etarios.

Palabras clave: vitalidad; edad; energía; juventud.

Abstract. The article presents the broad outlines of a sociology of vitality. It develops the proposal in three main stages. First, it critically compares the scarce denaturalization to which the age categories (adolescence, youth, adulthood, old age, etc.) have been subjected with respect to what has occurred in other identity categories (class, gender or ethnicity). Secondly, based on the above, the article proposes an analytical strategy of denaturalization, dissociating age groups and the question of vitality. To this end, a specific problematization of vitality is formulated, differentiating between its two main sources of energy, metabolic and social, and characterizing it as a trans-age dimension. Thirdly, by way of illustration, some of the new problematizations that a sociology of vitality is likely to induce with respect to the sociology of age groups are presented.

Keywords: vitality; age; energy; youth.

1. Introducción

El presente artículo delinea los grandes contornos de un programa de investigación sobre la sociología de la vitalidad. Desarrollaremos la propuesta en tres grandes etapas. En primer lugar, estableceremos un balance crítico acerca de la escasa desnaturalización de las categorías propiamente etarias (adolescencia, juventud, adultez, vejez, etc.) comparándolas con lo que se ha producido en otras categorías (clase, sexo,

¹ Professor de sociologia Universidade Paris Cité e pesquisador Universidade Diego Portales (Chile).

etnicidad). En segundo lugar, apoyándose sobre esta consideración crítica, el artículo propone una estrategia analítica de desnaturalización, disociando los grupos etarios y la cuestión de la vitalidad. Para ello se formula una problematización específica de la vitalidad diferenciando entre sus dos grandes fuentes de energía, metabólica y social, y caracterizándola como una dimensión trans-etaria. En tercer lugar, apoyándonos sobre estos desarrollos, presentaremos a título únicamente ilustrativo algunas de las nuevas posibles problematizaciones de una sociología de la vitalidad y la diversidad de sus tensiones con la sociología de los grupos etarios.

2. De la desnaturalización de las categorías de análisis

Las clases sociales en todas sus variantes posicionales (categorías socio-profesionales, sectores populares urbanos, clases medias, etc.) definieron durante varias décadas la principal dimensión identitaria de los individuos. Luego, desde la década de 1960-70, se reconoció con cada vez más ahínco que los actores tenían dimensiones identitarias irreducibles a la clase: sexo, etnicidad (o “raza”), edad. Los análisis no solo se complejizaron, sino que las “nuevas” categorías se volvieron parte del sentido común identitario de los individuos a medida que fueron introducidas como opciones en los censos nacionales. En fin, si abusamos del esquematismo, progresivamente cada uno de estos grandes estatus sociales (clase, sexo, etnicidad, edad) ha sido objeto, por un lado, de distintas deconstrucciones críticas y por el otro se han ido afirmando, al amparo de los Big Data, diferentes siluetas o perfiles de actores independientemente de las grandes categorías identitarias presentes en la sociedad. He aquí burdamente resumido el *esquema* histórico en tres grandes periodos de las categorías sociológicas de aprehensión de los individuos.

Dentro de este movimiento general es posible advertir un proceso relativamente análogo en varias de estas categorías. Por lo general, a una fase de categorización naturalizada le siguió un momento crítico o disolvente, y luego el predominio de una categorización social y constructivista. Este esquema está muy presente en las clases sociales, el sexo o la raza, pero no así en el caso de los grupos etarios que han sido y son el pariente pobre –muy pobre– de este trabajo de recomposición analítico.

El contraste es sorprendente con cada una de las otras nociones. La clase social nació rompiendo amarras con las concepciones jerárquicas naturalizadas (sangre azul,

nobleza): una vez abolidos los privilegios de nacimiento, la noción sirvió para dar cuenta en el marco de las nacientes sociedades modernas de la tensión entre la igualdad jurídica y las desigualdades económicas. A esta primera gran ruptura entre lo natural y lo social, se le añadieron progresivamente diversas teorías sobre las clases (la oposición entre Marx y Weber), la distinción entre clases y estratificación, el estudio de diversos tipos de capital o recursos diferencialmente disponibles en cada clase social, ingentes intentos por describir las distintas posiciones y sub-posiciones de clase, detallados estudios sobre la formación histórica de las distintas clases, encarnizados debates entre la clase en sí y por sí, etc. La lista de discusiones podría alargarse fácilmente. Pero en todas estas discusiones el punto de partida inequívoco fue la desnaturalización radical de las nociones de clase, estado (*états*), casta, rango, abolengo, en breve, la ruptura con toda idea de una jerarquía naturalizada.

Un movimiento análogo e incluso más neto se dio en torno a la noción de sexo. Desde *El Segundo sexo* de Simone de Beauvoir, publicado en 1949, el feminismo ha promovido una vigorosa desnaturalización de la noción de sexo. En esta estela la tensión o la oposición entre el sexo y el género se ha convertido, desde la década de 1980, en uno de los principales núcleos teóricos del feminismo. Las polémicas son y han sido vigorosas: la temprana des-biologización de la noción de sexo (“la mujer no nace, se hace”) se radicalizó de varias maneras con la noción de género. Lo masculino y lo femenino fueron teorizados a distancia de la biología, se criticó la heteronormatividad sexual, se comprendió a los géneros como teatralización de roles, se multiplicaron las identidades genéricas y se reconoció la diversidad de las posiciones interseccionales del sujeto, se afirmaron las disidencias de género y se cuestionó la sexualidad binaria, etc. La noción de género y todas las disputas desnaturalizadas que engendró se convirtieron en un poderoso instrumento de crítica social y de creatividad hermenéutica. El género se afirmó a través de distintas discusiones y combinaciones como una noción irreductible a la noción de clase.

En fin, el proceso también presenta rasgos similares si tomamos la noción de raza. Desde el siglo XIX, a pesar de la expansión de la categoría de raza tanto en la academia como en el sentido común, la noción fue objeto de diversas controversias críticas. Pero fue solo a mediados del siglo XX, que la oposición se hizo cada vez más transparente entre una concepción racial-biológica y una visión étnica-sociocultural. Las jerarquías raciales naturalizadas cedieron el paso a estudios sobre la diversidad de las

etnicidades y sus historias socioculturales respectivas, sobre los procesos de racialización de minorías, sobre los prejuicios (y sus dimensiones psicológicas, económicas, civilizatorias), sobre el carácter relacional de las fronteras étnicas, sobre la diversidad de las experiencias e identidades étnicas (mestizaje, negritud, blanquitud), etc. Con innegable especificidad analítica, como en el caso de la clase o el género, la etnicidad –la socio-culturalización de la noción de raza– se convirtió, no sin polémicas, en una categoría desnaturalizada.

¿Qué sucedió con las categorías etarias? O para ser más explícitos ¿qué tipo de desnaturalización se produjo a propósito de los grupos etarios? Digámoslo de manera abrupta: poco o nada de lo que aconteció con las nociones de clase, sexo o raza se dio en torno a la edad. Ciertamente, ha habido debates, pero todo bien evaluado lo que impacta es el carácter acotado de las discusiones. Detallémoslo porque la afirmación puede sonar injusta. Ciertamente, se ha señalado, por ejemplo, la construcción de la noción de juventud a comienzos del siglo XIX (Galland, 1991), más tarde la disociación entre juventud, pubertad y adolescencia, o más recientemente en torno a la categoría de “adonacientes” (Singly, 2006). Se ha precisado el impacto de la escuela en la cristalización de la noción de juventud. Se ha redefinido de manera plural la juventud como un periodo etario específico dedicado a la formación psicosocial de los individuos, como una larga fase etaria durante la cual se efectúa la asignación social de los actores, como una etapa de experimentación. Se cuestionó la pertinencia de la noción de juventud como un puro privilegio de clase (Bourdieu, 1992) o por el contrario se insistió en su importancia dada la expansión de la cultura de masas y de las industrias culturales. La noción etaria también se tensó con el concepto de generaciones (Mannheim, 2011). Se hicieron estudios sobre la diversidad nacional de los procesos de ingreso a la vida adulta (Van de Velde, 2008) o sobre el desigual destino socioeconómico de las generaciones (Chauvel, 1998; Baudelot y Establet, 2000). Se contrapusieron las sociedades que, como la moderna, valorizan la juventud a aquellas que la devalúan. Se usó la noción de juventud, en su lazo con la inmadurez, para realizar una crítica del puerilismo de las sociedades modernas (Boutinet, 1998), etc. De más está decirlo: la riqueza analítica de la sociología de la juventud y de los grupos etarios está fuera de discusión.

¿Cómo se debe entonces comprender el comentario sobre el carácter acotado de la desnaturalización de las nociones de juventud y más ampliamente de grupos etarios?

Para comprenderlo, hay que tomar en cuenta el tenor común de los estudios que venimos rápidamente de señalar. Por importantes que sean estos trabajos –y lo son– *ninguno de ellos cuestiona la asociación entre la juventud y la edad*. El contraste es constante con la desconstrucción desnaturalizante a la que han sido sometidas las nociones de jerarquías naturalizadas, sexo y raza dando lugar a las categorías de clase, género y etnicidad. Tratándose de la noción de juventud, los estudios han precisado los diferentes perfiles históricos, sociales, nacionales, culturales, el papel de las instituciones (familia, escuela, políticas sociales), pero todo esto se ha hecho sin jamás cuestionar de manera radical –o sea, desde la raíz– la dimensión naturalizada del componente etario presente en la juventud². Hasta la fecha, la edad signa el destino analítico insuperable de la noción de juventud y por extensión de todas las sociologías de las edades de la vida (Van de Velde, 2015).

En resumen, tratándose de los grupos etarios el contraste es impactante con respecto a lo acaecido con las nociones de jerarquías naturalizadas, sexo o raza. La juventud –como todos los otros grupos etarios– ha permanecido adherida a la edad y por ende subordinada a consideraciones naturalizadas. La frontera etaria se reveló infranqueable. Los intentos por forzarla han sido poco consistentes analíticamente y varias veces casi inmediatamente ridiculizados: “ser joven en su cabeza”, “mantenerse joven”, “pretender no aparentar su edad”, etc. Resultado: la noción de juventud no solo es indisoluble, sino que en último análisis es reductible a la edad.

La evidencia del realismo etario se impuso como un fetichismo analítico y esto ha impedido –o limitado– el despliegue de *un* tipo de problematización crítica a propósito de las categorías etarias. Pero ¿cómo disociar la juventud del candado etario?

3. Por una gramática dual: la edad y la vitalidad

¿Sobre qué bases categoriales desplegar una sociología capaz de desnaturalizar la noción de edad? Precisemos de entrada el objetivo crítico que perseguimos sirviéndonos como ilustración de la dualidad entre el sexo y el género (Scott, 1986; Butler, 1999). Si se dejan de lado las perspectivas abiertamente antagónicas, es factible

² Ciertamente, algunos trabajos siguen defendiendo nociones naturalizadas de la clase, el sexo o la raza, pero tienden a ser perspectivas minoritarias dentro del campo académico.

pensar que progresivamente dos gramáticas distintas y a veces complementarias han terminado por instituirse. Por un lado, la noción de sexo en cuya caracterización, sin descuidar transformaciones de índole histórica o social, son determinantes los aspectos biológicos y genéticos. Por el otro, la noción de género en cuya caracterización priman las dimensiones sociales y culturales (representaciones, teatralizaciones de rol, disidencias, identidades no binarias, etc.). Aunque a veces ambas nociones tiendan a excluirse, aunque varias veces se apunte a un remplazo nocional de una por la otra, es posible pensar que los análisis ganan en acuidad al conservar la tensión entre ambas gramáticas.

El género ha permitido abordar por ejemplo desde nuevos horizontes constructivistas lo masculino y lo femenino, complejizar y autonomizar los desempeños de rol de los condicionamientos sexuales, abrir la paleta de identidades genéricas más allá de la sexualidad binaria. Sin embargo, el sexo permanece como una categoría legítima: no solo porque varios actores reivindican que su sexualidad precede al género (Dorlin, 2008), sino porque en ciertos ámbitos la variante sexual sigue siendo determinante (varias enfermedades o predisposiciones poseen incidencias diferenciales según el sexo de las o los pacientes). No se trata entonces de “reemplazar” el sexo por el género, o de denegar toda pertinencia al enfoque de género, sino de tomar en cuenta las maneras como progresivamente se han institucionalizado en esta área dos gramáticas distintas. Retomemos con este telón de fondo la cuestión de la edad.

3.1 *Acerca de la vitalidad*

En la medida en que la juventud o la vejez son hasta la fecha indisociables de la edad (o reductibles a ella), ¿bajo qué noción podría proponerse una interpretación alternativa? O para retomar la distinción entre el sexo y el género, ¿cómo y bajo qué parámetros sería posible añadir a los grupos etarios una dimensión analítica alterna, próxima e irreductible a la noción de edad? En simple y en breve: ¿cómo *disociar* el estudio de la diversidad de las experiencias trans-etarias de las solas identidades o ciclos propiamente etarios?

Precisémoslo tomando como ejemplo la juventud. En las sociedades modernas, la experiencia de los jóvenes esta imbricada con una fase de progresiva asignación estatutaria: a través de la escolaridad, del ingreso en el trabajo, de la instalación en una

vida conyugal, de diversas experimentaciones, de algunos rituales sociales. El ser joven, en tanto que miembro de un grupo etario, está sociológicamente definido por este conjunto de pruebas y por la diversidad de sus declinaciones sociales, étnicas o de género. No sorprende por ello la centralidad de la noción de socialización a la hora de dar cuenta de las experiencias y trayectorias diferenciales de los jóvenes.

Ahora bien, estas dimensiones propiamente *etarias* del ser joven no definen (y como lo veremos no tienen por qué hacerlo) la totalidad de la experiencia, incluso de índole etaria, de los jóvenes. Aquí empieza el deslinde. Notemos de paso, lo precisaremos mejor en un momento, que la sociología del envejecimiento (que comienza en el instante mismo del nacimiento) también es irreductible a la sociología de las personas mayores. La pregunta es inmediata y cae de suyo: ¿a través de qué categoría o dimensión debemos estudiar aspectos *centrales* de la juventud o de la vejez, pero independientemente –o al menos en tensión– con la cuestión propiamente etaria?

Para lograrlo es necesario problematizar, en analogía crítica con lo advenido en las otras categorías (clase, género, etnicidad), la tensión entre lo “natural” y lo “social”. Por un lado, la gramática *etaria*; por el otro, lo que denominaremos la gramática de la *vitalidad*. Aunque tenga ciertos vínculos con aspectos “naturales”, la noción de vitalidad es irreductible a la edad puesto que designa distintos componentes de vigor, dinamismo, ánimo, pujanza, empuje, deseo, energía. La lista de sinónimos puede alargarse, pero la dimensión decisiva para aprehender sociológicamente la vitalidad es la *energía*. O sea, la energía detiene una función decisiva en la diferenciación entre la edad y la vitalidad.

Aquí radica la dualidad fundadora entre una sociología etaria (grupos etarios, ciclos de vida) y una sociología de la vitalidad. La noción de vitalidad es irreductible a la edad, a la juventud o al ser joven. A pesar de sus posibles lazos (análogas a las tensiones existentes entre el sexo y el género), la vitalidad define un estado socialmente valorizado, de índole incluso normativo, que se revela irreductible y transversal a la edad.

La vitalidad no debe (con)fundirse con una fase etaria (el ser joven, la juventud), sino definirse a través de un conjunto diferencial de intensidades *energéticas*: capacidades motoras y cognitivas, voluntades, anhelos de emprendimiento, apertura o tolerancia a las experimentaciones, creatividad, una frescura existencial sui generis, una modalidad particular de negociación entre los proyectos y la realidad. Caracterizada de esta manera, la tensión analítica entre la vitalidad y la edad empieza a diseñarse: no

todos los jóvenes poseen de forma ecuaníme los rasgos energéticos de la vitalidad, y, por el momento digamos que potencialmente, es posible adscribir a otros grupos etarios (adultos, personas mayores) los atributos energéticos de la vitalidad.

La vitalidad no se reduce pues a lo etario, al ser joven. *La noción de vitalidad designa un régimen particular de energía.* A pesar de la proximidad semántica entre la vitalidad y ciertos elementos de corte biológico, la principal característica distintiva de la vitalidad es la *energía*. Para caracterizar la energía propia a la vitalidad, la dualidad entre el sexo y el género también es instructiva. Existe una energía de *innegable* tinte etario, ligada al proceso de envejecimiento, indisociable del *metabolismo* corporal, del estado de vigor de los órganos, los músculos, las acuidades sensoriales (visual, auditiva), las facultades cognitivas. Todo esto define el componente etario (“natural”) de la vitalidad, algo corroborado hasta la saciedad por tantos y tan diversos análisis médicos. Sin embargo, desde un punto de vista sociológico, sin desconocer este tipo de energía, en la vida social la energía que poseen los individuos no se reduce a esta sola variante. O sea, la concepción internalista de la energía (lo propio del componente etario y metabólico de la vitalidad) debe ser complementada con una concepción externalista de la energía, una visión que invita a estudiar otras fuentes de energía *social* irreductibles a la sola dimensión etaria. La vitalidad se define así por la capacidad de tener y de entretener bajo distintas modalidades, diferentes volúmenes y tipos de energía.

Notemos que, aunque nunca terminó por construirse y autonomizarse del todo como categoría de análisis, encontramos al menos implícitamente atisbos de esta noción de vitalidad en varias obras literarias cuando un viejo personaje siente resurgir en él la energía de sus años mozos, varias veces de la mano de un sorprendente e inesperado retorno de una experiencia amorosa. La ilustración es banal y hasta relativamente frecuente, pero permaneció teóricamente impensada. El retorno de este suplemento de energía –o sea la vitalidad– fue encadenado al enamoramiento, a una modalidad encantada y efímera, o al menos pasajera. Si la naturaleza *específica* de la energía suscitada por el amor en la edad madura fue señalada en las obras de ficción, esta dimensión quedó fuera del análisis sociológico.

3.2 La disociación: vitalidad y grupos etarios

Los estudios sobre los ciclos vitales, y más ampliamente sobre la edad, están por lo general atrapados entre, por un lado, una interpretación más bien biológica (la edad) y por el otro lado, análisis más sociales o culturales que restan importancia a la primera, sin por ello poder borrar del todo su sombra. Si es cuestionable promover un esencialismo naturalizado en torno a la edad, no lo es menos ignorar la importancia de elementos de índole propiamente biológicos en los itinerarios de vida a lo largo del paso del tiempo (cambios morfológicos, aumento de peso, etc.).

Sin embargo, es posible pensar que, tratándose de la dimensión etaria, la sociología no debe limitarse ni a una pura sociología de las edades, ni dentro de esta perspectiva, al solo estudio de la diversidad de los procesos de institucionalización de las etapas normadas de la vida (infancia, adolescencia, juventud, edad adulta, vejez) o a la diversidad de sus características según las sociedades y los periodos. Todo esto es muy valioso, pero permanece dentro de los límites infranqueables de una sociología etaria.

La sociología de la vitalidad trabaja con otro horizonte. Abordar los grupos etarios como regímenes particulares de energía permite trascender la oposición entre los ciclos de vida (a dominante biológica) y las trayectorias de vida (a dominante social). En realidad, todo bien analizado, en estos estudios, a pesar de sus diferencias, en ambos casos el primado etario fue central. Si en los estudios de Erikson (1959) acerca de los ciclos de vida, la sinergia entre elementos biológicos, cronológicos, psicológicos y culturales, bajo el neto primado de periodizaciones etarias es decisiva, en el fondo lo mismo acaece en los trabajos sobre las trayectorias de vida a pesar de la mayor autonomización que reciben los componentes institucionales y las políticas sociales. En efecto, en ambos casos, la juventud o la vejez se circunscriben a un periodo etario y se (con)funden con el ser joven o viejo.

Analizar los grupos etarios como regímenes de energía particulares permite romper tanto con la idea de una linealidad biológica poco problematizada como con la también demasiado rígida idea de una transición de etapas etario-sociales (formación, trabajo, jubilación). Ciertamente, el reconocimiento del tránsito de sociedades marcadas por una fuerte normatividad de los momentos etarios hacia sociedades signadas por procesos de desinstitucionalización a nivel de las trayectorias etarias ha producido nuevos saberes y ha permitido incluso problematizar sobre otras bases las nociones de adultez (Boutinet, 1998) o de madurez (Ferrara, 1999). Sin embargo, en la mayoría de

estos estudios el marco analítico permaneció en última instancia siempre dependiente del aspecto etario.

Sin menoscabo del interés de estos trabajos, el objetivo de una sociología de la vitalidad es describir de *otra* manera las tensiones energéticas presentes tanto entre los jóvenes como en grupos etarios no jóvenes. Si los lazos entre el ser joven y ciertos aspectos energéticos sobre todo de tipo metabólicos son evidentes y hasta incuestionables, el estudio de la vitalidad y de los regímenes de energía incita a trazar perfiles menos unívocos.

Tratándose de un artículo exploratorio, distinguiremos pues someramente, como lo hemos adelantado en la composición de la vitalidad entre dos grandes fuentes y modalidades de la energía. Por un lado, desde una concepción internalista, una energía *metabólica* (EM) con un diferencial de claro tinte etario (el ser joven); por el otro, desde una visión externalista, una energía *social* (ES) de claro talante relacional, estatutario o posicional. La vitalidad resulta de la conjunción entre ambos tipos de energía: $V = EM + ES$.

Si con esta distinción regresamos sobre las categorías con la que hemos comenzado este artículo, es posible observar similitudes y diferencias a nivel de la disociación entre lo etario y la vitalidad con el trabajo realizado con otras categorías. Si las nociones de clase y de etnicidad introducen una ruptura radical entre lo “social” y lo “natural” (o sea con las nociones de jerarquías naturalizadas o de raza), es más justo pensar que la noción de género, a pesar de los esfuerzos de varios de sus partidarios, mantiene una tensión con la categoría del sexo. Por su lado, la noción de vitalidad propone otro tipo de constructivismo, con distintas equidistancias, pero no una ruptura entre lo “natural” y lo “social” a través de diferentes configuraciones entre las dos grandes fuentes de energía. Si en todos los casos existe un trabajo crítico de desnaturalización categorial, este esfuerzo toma caminos distintos según las categorías.

3.3 ¿Cómo dar cuenta de la energía social?

Sin menoscabo de las variaciones de la energía metabólica y de sus estudios sociológicos, tratándose de la vitalidad lo *indispensable* es dar cuenta de los contornos de lo que hemos denominado la energía social. ¿Qué es y cómo dar cuenta de la energía social diferenciándola de la energía metabólica? Para esto es posible inspirarse

críticamente de los estudios sobre la cognición distribuida que han tenido el mérito de romper con una concepción puramente internalista de la cognición humana, mostrando los vínculos indisociables existentes entre ciertas capacidades cognitivas humanas y los dispositivos sociotécnicos: la acción de pilotear un avión es por ejemplo inseparable de los instrumentos disponibles en el *cockpit*. La cognición está distribuida.

En lo que atañe a la energía puede hacerse un razonamiento análogo. Sin menoscabo de lo que le reviene a la EM propiamente dicha, los individuos despliegan sus conductas en medio de muy diversas y desiguales configuraciones energéticas, irreducibles por ende a un análisis etario internalista. Digámoslo de paso: la profundización de la noción de ES parece susceptible de abrir nuevos diálogos con el psicoanálisis y la noción de libido, muchas veces excesivamente ligada a dimensiones pulsionales o metabólicas.

Si la noción de energía se inspira de los trabajos realizados en otras disciplinas (física, biología) también es importante marcar, tratándose de la ES las diferencias, comenzando por la compleja cuestión de su medida. ¿Cuál es la unidad de medida de la ES y cómo calibrarla? Hasta la fecha no existe “aparato” disponible, pero esto no ha impedido a varios autores y trabajos señalar tangiblemente su existencia y sus diferenciales de intensidad. Lo importante, aunque requiere más estudios, es poder diferenciar entre las distintas variantes de los procesos configuracionales de creación, transmisión, distribución y recuperación de la energía social. Sin esta noción es simplemente imposible promover una sociología de la vitalidad irreducible a la sociología etaria. Por eso, en lo que sigue, y antes de delinear los contornos de una sociología dual de la edad y de la vitalidad, nos limitaremos a presentar rápidamente, sin exhaustividad, algunos trabajos acerca de la energía social.

La ES y las redes. Tal vez ninguna otra perspectiva ha hecho esfuerzos más consecuentes y explícitos para definir la energía social que ciertas teorías interactivas de las redes sociales (Collins, 2009). Los trabajos de análisis de redes se han centrado en examinar la transmisión energética presente en las relaciones humanas. Por ejemplo, en su monumental historia de la filosofía, que abarca varios milenios y diferentes ámbitos de civilización, Randall Collins (1998) ha destacado la importancia decisiva de lo que él denomina la energía emocional, obtenida por los futuros grandes filósofos durante sus años de formación gracias al contacto directo con un maestro de renombre. En su opinión, es ahí donde se forja una confianza en sí mismo que reactivada y ampliada más

tarde gracias a otros factores, sería el ingrediente principal de una carrera intelectual. Una modalidad de transmisión energética que, siempre de acuerdo con su estudio, tendería a mantenerse durante tres generaciones antes de conocer importantes perdiciones o agotamientos. La energía social se transmite, pero se pierde.

La demostración metodológica realizada por Collins es contundente, pero en el fondo siempre fue un secreto a voces. Comte ¿no llamaba Saint-Simon su “profesor de energía”? (Heilbron, 2006) ¿No han demostrado también otros estudios, con otras metodologías, el papel energético que el profesor transmite a los niños en el aula y sus efectos sobre el aprendizaje? (Guénin, 2008). En simple: en todas estas caracterizaciones es cuestión de una modalidad de energía, de vitalidad, irreducible a la EM.

Los colectivos y la ES. Varios estudios sociológicos se han interesado, a través de distintas denominaciones, a la génesis de la ES. En este registro, la principal pista abordada ha sido las energías desencadenadas por la naturaleza misma del ser-conjunto, por los colectivos. Durkheim (1985) insistió sobre este aspecto precisando las distintas configuraciones energéticas ligadas a los rituales, el maná, las agrupaciones, el trabajo del duelo, etc. Tras sus pasos, o a través de reinterpretaciones de la psicología de las masas de Le Bon, los colectivos no han cesado de ser abordados desde entonces –varias veces sin gran precisión metodológica– como fuentes inagotables o renovadores de energía. Desde esta perspectiva, de Freud a Canetti, los colectivos (la masa, la multitud, pero también como lo veremos más adelante el líder) son definidos por sus capacidades de engendramiento energético. Se ha podido incluso escribir una historia de la modernidad y de la sociología desde la perspectiva de las masas (Borch, 2013), por la buena razón que las muy grandes concentraciones de multitudes son experiencias asociadas con el proceso de modernización (Yonnet, 1985).

La ES se analiza como un subproducto del ser-conjunto. La colectividad es la fuente de un tipo de poder de índole energético; el lugar de producción asociativa de un conjunto de fuerzas compuestas de tipo “tanto físicas como humanas, tanto morales como materiales”. La ES ha sido así descrita en sus dimensiones indisociablemente individuales y colectivas, organizacionales y psíquicas a través de las cuales se crean y recrean periódicamente las energías necesarias de la vida social.

Se pueden encontrar otros muy buenos ejemplos de esta perspectiva energética en los estudios sobre la ciudad que Simmel (1998) escribió a comienzos del siglo XX.

Pensemos en esta misma línea en los trabajos de Jane Jacobs (1969) y su insistencia en la energía que genera la ciudad como resultado de sus múltiples contactos, su vorágine cotidiana y la rapidez y diversidad de sus intercambios. Pero pensemos también en la experiencia ordinaria de los habitantes de los guetos urbanos, cuyas vidas se organizan en torno a la energía, sus excesos y su agotamiento, así como a través de su desigual distribución entre individuos (Lapeyronnie, 2008). Volveremos sobre esto en un momento, pero como el último ejemplo lo señala, la ES propia al ser-conjunto de los colectivos tiene desiguales declinaciones.

La ES y el carisma. El carisma ha sido una de las dimensiones en las cuales mejor se han estudiado las dimensiones energéticas. Ya hemos señalado las energías (sugestión e influencia) que las multitudes ejercen sobre el individuo, pero también se han estudiado los efectos diferenciales de ciertos líderes sobre las masas. Sin que haya sido necesariamente nombrada, la ES estuvo y está en el centro de los trabajos sobre el carisma: el vínculo entre las emociones individuales, las relaciones sociales, el influjo de un jefe. A pesar de sus insuficiencias e inflación, la noción de carisma es una de las grandes modalidades de aprehensión de la ES: junto a otras dos variantes de la autoridad, el carisma en Weber (1944) se refiere a una cualidad individual extraordinaria, a menudo condicionada, al menos en sus orígenes, con rasgos que otorgaban a ciertos actores poderes sobrenaturales. Lo que nos interesa recalcar es la omnipresencia metafórica de la energía en los análisis sobre el carisma: la noción es inseparable de un “magnetismo” asociado a una persona (la famosa mirada gélida y penetrante de Napoleón), de la majestad de un rol, de un circuito de interacciones (Collins, 2020). En todos los casos es cuestión de la subyugación de las multitudes por la energía carismática.

De la extracción de la ES. Los colectivos no solo son fábricas de generación de energía, también son organizaciones extractivas. Esta dimensión es decisiva en las organizaciones post-taylorianas basadas en movilizaciones específicas de la energía humana en distintas redes y proyectos. Si varios análisis se han centrado a nivel de la morfología de las redes propiamente dichas (enlaces, nichos, lagunas, etc.), ignorando o situando en un plano secundario el flujo de energía como tal, en otros estudios la dialéctica entre la energía personal y su captación o plasmación organizativa, entre el dar y el recibir, se ha convertido en un asunto importante (Alter, 2009). Se ha vuelto así evidente, aunque todavía insuficientemente teorizado, que ciertas organizaciones o

individuos son capturadores netos de energía (organizaciones conflictivas, desorganizadas, balcanizadas, tóxicos, etc.) y que otros, por el contrario, son generadores de ES (sinergias, grupos de afinidad, estímulos, etc.). No sólo las relaciones profesionales, las reuniones de trabajo o los estilos de dirección, sino las estructuras organizacionales han sido estudiadas de esta manera, pero podrían serlo de forma más sistemática a la luz de sus modalidades de extracción o producción energéticas. Algunas organizaciones confiscan energía, otras la congelan o la producen. La energía social es irreductible a la mera realidad del ser-conjunto.

Análisis de esta índole se han vuelto tanto más necesarios que progresivamente, en varias organizaciones, las relaciones sociales se perciben cada vez más como relaciones humanas. El funcionamiento de varias organizaciones (post-taylorismos, colectivos desinstitucionalizados) reposa, al menos tendencialmente, cada vez más sobre las energías individuales. Los proyectos se vuelven indisociables de los individuos que los portan y en muchos casos no existe la posibilidad de una “rutinización del carisma”: los proyectos nacen y mueren de la mano de las energías (metabólicas y sociales) de sus portadores. Se diseñan así nuevas configuraciones energéticas entre los cansancios individuales y las continuidades organizacionales. Incluso dentro de varias grandes organizaciones se transita –tendencialmente– de un modelo en el que la ES era indisociable de la malla organizativa a otro que tiende a descansar sobre energías individualizadas. Durante siglos, el pensamiento político insistió en la importancia de las instituciones por sobre los individuos; en los nuevos circuitos energéticos organizacionales en curso el proceso opera casi en sentido inverso. La continuidad de la organización reposa sobre energías individuales lo que engendra un conjunto de nuevas patologías en las cuales el tema de la energía es central: repliegue, implosión, depresión, burnout (Ehrenberg, 1998; Otero, 2012; Kirouac, 2015).

Los circuitos institucionales o individualizados de la ES. La toma en consideración de las dos fuentes de la energía abre en dirección de nuevos estudios comparativos entre sociedades del Norte y del Sur global. Digámoslo muy esquemáticamente (Martuccelli, 2010). Bajo el primado de las instituciones, la sociología en el Norte global ha privilegiado la energía institucionalizada por sobre las energías personalizadas; por contraste, en la sociología del Sur global se les ha reconocido mayor centralidad a las energías individuales. La distinción no es completamente isomorfa a la diferencia entre EM y ES: en ambos casos, en el Norte

como en el Sur global, es cuestión de combinaciones particulares de ambos tipos de energía, pero con dosis y composiciones distintas. Se trata así de formas distintas de canalización de la energía, tanto individual como colectiva, de regulación de su distribución mediante normas y procedimientos institucionalizados. De manera ideal-típica a un modelo “puro” de ES de carácter institucional se le opone un modelo de ES más abiertamente dependiente del esfuerzo y empuje individuales.

La ES y las desigualdades. La cuestión de la ES también abre a un nuevo abanico de desigualdades. Progresivamente, ya se trate de diferencias de edad, de género o de renta, de grupos sociales o de países, es posible ver detrás de varios trabajos sobre las nuevas desigualdades trazas implícitas de una sensibilidad creciente hacia las desigualdades energéticas (Sen, 1992; Tabboni, 1992). El mantenimiento de la *illusio* en el juego social es inseparable de las capacidades de inversión energética.

Regresaremos sobre esto en el próximo apartado, pero se trata de una familia de injusticias, sociales y subjetivas, que se organiza en torno al par incansables-fatigados. Los “incansables” tienen más energía individual dirán algunos; se apropian o confiscan mayor energía colectiva, concluirán otros. En ambos casos, una vez más, se trata de composiciones particulares de EM y ES. La vitalidad diferencial de unos y otros depende de la combinación entre ambas fuentes de energía, pero depende sobre todo en último análisis de las capacidades diferenciales de los actores para usar, distribuir, almacenar, consumir, destilar, reponer, capturar energías. Notémoslo de paso: la importancia del ocio, del tiempo libre, las fiestas o de las vacaciones, aunque siempre reconocidos como momentos necesarios de “recuperación”, en parte inmediatamente traducibles en términos energéticos, rara vez han sido sin embargo suficientemente teorizados en este sentido (piénsese en el uso energéticos que varios ejecutivos hacen de los “break” de los fines de semana). La cuestión de los diferenciales energéticos abre a un nuevo tipo de sociología crítica.

4. La vitalidad y la diversidad de los regímenes de energía

La vitalidad de un actor es una composición entre la energía metabólica y la energía social. A partir de la diferenciación entre estas dos nociones es posible trazar una diversidad de perfiles energéticos desavenidos en función de los diferenciales de composición entre una y otra fuente de energía. Primera consecuencia: una sociología

de la vitalidad es una sociología trans-etaria. Consecuencia anexa: la sociología de la juventud se desliga de su subordinación exclusiva al tema etario y se abre al estudio de perfiles socialmente disimiles de vitalidad. La juventud define tendencialmente un régimen particular de energía (en el cual la EM detenta un papel importante), pero las experiencias del ser joven se diversifican en función de las capacidades para usar, gastar o entretener diferentes volúmenes de energía tanto de tipo metabólicos como sociales.

4.1 *Disyuntivas energéticas*

Tratándose de un artículo exploratorio, nos limitaremos a delinear algunos ítems a los que abre una sociología crítica de la vitalidad transversal a los grupos etarios. De manera esquemática e hipotética, cuatro siluetas pueden distinguirse.

		Energía social	
		+	-
Energía metabólica	+	1	2
	-	3	4

Si bien existe una entropía inexorable de la energía metabólica, que va desde el excedente energético de la infancia hasta la desvinculación de la vejez, la situación es diferente en lo que respecta a la energía social. Los individuos tienen capacidades distintas y desiguales a la hora de extraer energía del mundo exterior, y los sistemas de relaciones sociales son estructuralmente portadores o inhibidores de esas capacidades. El cruce y la tensión entre fuentes de energía internas y externas, EM y ES, se perfila como uno de los grandes temas de la sociología de la vitalidad y ya hay indicios de exploraciones prometedoras en este sentido en la ficción contemporánea (Barrère y Martuccelli, 2009). La energía, en su doble componente, indisociablemente metabólico y social, permite diseñar perfiles “paradójicos” que complejizan las identificaciones demasiado rápida y unilateralmente establecidas entre el ser joven y la energía, o la persona mayor y el cansancio o la desvinculación mundanal.

Si dejamos de lado por cuestiones de espacio los dos perfiles habituales (jóvenes-con-energía / adultos mayores-sin-energía, casilleros 1 y 4), indiquemos sin embargo la necesidad de estudios críticos sobre ambas siluetas a partir de una sociología

de la vitalidad. Pero para permanecer en los límites de este texto, lo importante es llamar la atención sobre los perfiles energéticamente desavenidos (casilleros 2 y 3): los jóvenes, con una energía metabólica elevada pero una energía social baja, se codean con personas mayores con una combinación energética perfectamente inversa. Si en sí misma la representación no es del todo sorprendente (reconocer la existencia de jóvenes sin vitalidad / adultos mayores con vitalidad), lo importante son las maneras como la dinámica entre la EM y la ES permiten dar cuenta de estas experiencias.

Todo grupo etario, comenzando por la juventud, se vuelve objeto de una sociología crítica de la vitalidad. El excedente de EM de que disponen los jóvenes es absorbido y a veces destruido por la falta de ES. Esto es lo que resienten tantos jóvenes aquejados por la pobreza, la discriminación, la falta de horizontes (personales, colectivos, ecológicos), en situaciones familiares insoportables, tóxicas o disfuncionales. Estos desequilibrios energéticos deben ayudar a comprender sobre otras bases la apatía juvenil como una manera de resistir a la prescripciones escolares o sociales que conminan a la actividad, o a la realización de proyectos; en realidad, es posible formular la hipótesis que la “apatía” es el precio que los jóvenes pagan por el desequilibrio que resienten entre sus EM y sus insuficientes ES.

Por su lado, los adultos mayores, los seniors o las personas de edad –figuras todas ellas dependientes de definiciones etarias– tienen experiencias muy disímiles de la vitalidad. Varios de entre ellos buscan compensar, a través de distintas estrategias, el ineludible decrecimiento de la EM a través de suplementos de ES. La vejez, en tanto que categoría etaria, se abre a consideraciones diversas y desiguales en lo que respecta a la vitalidad, en tanto que categoría energética. El déficit de EM característico de la vejez se articula (corrige, compensa, acentúa) de muy diversas maneras con otros recursos energéticos de índole social (relacional, estatutario, visibilidad, etc.) que posibilitan o no formas distintivas de vitalidad que cruzan transversalmente experiencias de jubilación, redescubrimiento de pasiones nunca asumidas, viajes, y, en algunos casos, una auténtica metamorfosis de la personalidad. La evolución energética de la vitalidad se disocia tendencialmente de los procesos de transacción identitaria etarios.

4.2 Nuevas problematizaciones

La sociología de la vitalidad, irreductible a la sociología etaria, abre así el horizonte de un conjunto renovado de análisis. Limitémonos a señalar, solo a título indicativo e hipotético, algunas problematizaciones.

[1.] *Historia*. La sociología de la vitalidad abre a estudios históricos de un nuevo cuño. En varias sociedades bajo la égida de la tradición o del honor, la juventud distó mucho de ser un valor: en varias cortes europeas, por ejemplo, los jóvenes se teatralizaban como viejos (pelucas, polvos, vestimenta) y la infancia no fue reconocida en su especificidad. Lo propio de la modernidad supuso en este registro, como tantas veces ha sido subrayado, un quiebre fundamental. En 1920, el sociólogo de la escuela de Chicago, William Waller (1965), lo resumió con una boutade: puesto que el objetivo de la educación es formar para los tiempos futuros... ¡los jóvenes deberían ser los maestros de los adultos! No fue una mera frase de ingenio. La crisis de la educación ha sido varias veces diagnosticada en términos similares: las sociedades modernas no sabrían más que parte de la tradición desean transmitir (Arendt, 1994); se habría creado un abismo entre generaciones (Mead, 1979); los procesos de educación inversa (de los jóvenes en dirección de los adultos) deberían generalizarse. En todo caso, la inversión de valores entre el pasado y el futuro, la tradición y lo nuevo, engendró nuevas valorizaciones etarias. Los adultos mayores se vieron conminados a hacer esfuerzos por permanecer o al menos aparentar ser jóvenes.

Una sociología crítica de la vitalidad permitirá diferenciar primero y luego analizar de manera pormenorizada la diversidad de situaciones. Los anhelos por ser / aparentar ser joven *no son isomorfos* con los anhelos de vitalidad, lo que implica diferenciar estrategias dentro del espectro de esfuerzos de “juvenilización”. Por un lado, la expansión de objetivos propiamente estéticos (de lo que atesta la importancia del mercado de cremas y el incremento exponencial de sus precios), pero también del recurso a la cirugía y su muy diferencial recurso entre países o ciudades (Laurent, 2010) u objetivos de apariencia que, aunque superficialmente similares, tienen otros propósitos (como la ansiedad por aparentar ser joven entre varios managers a causa del temor a perder su empleo). Entre estas preocupaciones, a veces de manera transversal a estas finalidades, se ha producido la explosión de un conjunto de ejercicios corporales (gimnasia, yoga, deportes, jogging, marchas, etc.) cuya profesa finalidad suele ser la conservación de la salud, en verdad la vitalidad.

La tensión entre estas dos grandes familias de estrategia son tales que es posible formular la hipótesis de la aparición en el futuro de tensiones específicas entre cuestiones de vitalidad y los suplementos de valor otorgados al ser joven. Si la juventud es un valor actualmente dominante, subrepticamente se van promocionando otros perfiles. Sin descartar del todo que se asista a un movimiento del tipo *Aging is Beautiful*, parece factible pensar que la vitalidad como régimen de energía trans-etario genere nuevas valorizaciones interpersonales irreductibles a lo estético o al ser joven (*Vitality is Beautiful*). Si esta diferencia se arraiga, es posible que se asista a un conflicto de distinción (críticas, menosprecios cruzados) entre aquellos que (in)fructuosamente desean mantenerse / ser joven y aquellos que más o menos fructuosamente renuevan / conservan su vitalidad. La diferenciación analítica entre la cuestión etaria (el ser joven) y la vitalidad facilitará nuevos análisis matizados y contradictorios.

[2.] *Existencia*. La vitalidad y la promesa de intensidad energética que ello conlleva también deberá permitir nuevos abordajes críticos y diferenciaciones en torno a distintas figuras del cansancio, de la fatiga, del retraimiento, de la inactividad –e incluso del aburrimiento–. Cada una de ellas da cuenta de manera disímil de experiencias de pérdida de energía y de implicación en el mundo. En este registro, es posible pensar que el análisis crítico de los diversos regímenes energéticos renovará el estudio sociológico de consideraciones existenciales (Martuccelli, 2017).

Las experiencias de desvinculación (*déprise*) del mundo demasiado unilateralmente asociadas con la edad –y la vejez– (Clément, 1997; Caradec, 2008), se volverán analíticamente más complejas. Es posible incluso formular la hipótesis que, sociológicamente hablando, lo propio de la prueba del envejecimiento (y no de la vejez) se caracteriza por una lucha constante por aumentar o renovar la ES con el fin de compensar, al menos parcialmente, la inexorable pérdida de EM. Esto implica distinguir entre las actividades encaminadas a mantener, a pesar de la frecuente erosión, la EM propiamente dicha (ejercicios, deporte, etc.) y las acciones que buscan más bien incrementar o conservar las ES (estatus, visibilidad, relaciones, reconocimiento, actividad, etc.).

La sociología crítica de la vitalidad construirá así la distinción entre estrategias que, bajo la impronta de representaciones propiamente etarias, persiguen el objetivo de ser / mantenerse / aparentar / volver a ser joven y estrategias que desde consideraciones otramente energéticas proponen renovar / conservar la vitalidad. Incluso cuando las

prácticas son semejantes (ejercicios, actividades) es posible pensar que los ideales existenciales que se persiguen no son los mismos: diversos horizontes estéticos, distintas ideas del bienestar, reflexiones críticas sobre los equilibrios y las componendas energéticas, etc.

También es posible pensar que la sociología de la vitalidad permitirá nuevos abordajes acerca del anhelo / ilusión humana de la eternidad. Durante mucho tiempo, en sus manifestaciones propiamente, mundanas, la eternidad fue indisociable del ser joven: la historia está llena de ensayos infructuosos por extraer la energía de la juventud (a través por ejemplo de la transfusión sanguínea), descubrir mágicos elixires de juventud o la piedra filosofal, e incluso el personaje de Goethe, Fausto (con)funde la eternidad con la sola juventud. En las últimas décadas, la cuestión de la eternidad ha sido abordada desde nuevos horizontes trans- o post-humanos, por lo general a través de representaciones que lo disocian de lo corporal. La sociología de la vitalidad permitirá nuevos horizontes críticos acerca de estas representaciones, pero promoverá sobre todo un camino distintivamente moderno de sabiduría existencial, otramente consciente de lo humano, de sus posibles, de sus límites, de lo imposible. Ser moderno o la conciencia de la compleja vitalidad humana.

[3.] *Crisis*. La sociología de la vitalidad también deberá tomar distancias con uno de los rasgos más frecuentes y reiterados de la sociología de los grupos etarios. Desde la revolución romántica, pero de manera cada vez más acentuada durante el siglo XX, la adolescencia (incluso más que la juventud) ha sido asociada con un tipo de crisis identitaria particular. Los estudios de Erikson se organizaron así, por ejemplo, en torno a la idea, por lo menos discutible, que este grupo etario sería objeto de específicas y severas crisis psicológicas e identitarias. Ciertos estudios han relativizado la inevitabilidad de la crisis adolescente o el mito del conflicto generacional (Attias-Donfut y Arber, 2000), mostrando la diversidad de sus declinaciones generacionales (Eisenstadt, 1956) o de sus lazos con la eclosión de los movimientos estudiantiles y juveniles en la década de 1960-1970.

En los análisis de los ciclos de vida, la crisis de la adolescencia fue asociada con transformaciones de EM propias a la pubertad. Pero ¿es realmente justo pensar que es durante la adolescencia que se desarrollan los procesos más traumáticos y profundos asociados a cambios físicos, emocionales o mentales? En este registro, varios análisis, bajo la clara impronta de estudios médicos o biológicos, han mostrado las variaciones

energéticas propiamente metabólicas que también se producen en otros grupos etarios. Si esto ya había sido sesgadamente el caso para las mujeres (a través de la noción de menopausia), los estudios sobre la andropausia tienden a mostrar efectos específicos en los hombres. La todavía muy escueta sociología del envejecimiento (el proceso que se desencadena desde el nacimiento) deberá generar figuras más complejas a propósito de las declinaciones de la EM, pero tendrá también que articularlos críticamente con los cambios a nivel de la ES.

Si los malestares adolescentes directamente engendrados por transformaciones corporales han sido bien estudiados –como la cuestión cardinal entre ser “grande” o “pequeño” (Dubet y Martuccelli, 1998)–, la tendencia a analizar los desniveles energéticos propiamente dichos en términos de crisis ha retractado el espacio de la imaginación sociológica. Si la eclosión de la EM propia a los jóvenes, púberes o adolescentes da parcial y unilateralmente cuenta de varios de los retos de estos grupos etarios, esta dimensión ganará en complejidad cuando se tome en cuenta lo que acaece a nivel de la ES. La sociología de la juventud como régimen de energía permitirá explorar otros horizontes: lo central será dar cuenta de las maneras como la dualidad energética (EM y ES) se estructura y se transforma en los distintos grupos etarios e individuos.

[4.] *Trayectorias*. La toma en consideración de la ES también permitirá abordar con una nueva mirada las trayectorias individuales. Las bifurcaciones sociales o profesionales por lo general analizadas en términos de oportunidad, socializaciones familiares o trabajo subjetivo también parecen susceptibles de ser abordadas en función de consideraciones energéticas. Fijarse proyectos requiere energía; mantenerse en una ocupación requiere ahorros, dosificaciones, reinversiones energéticas; los equilibrios de vida (empleo, familia) suponen decisiones a nivel de las distribuciones desiguales de energía entre las distintas esferas de la vida; la misma implicación laboral o familiar está relacionada con la “masa” energética (EM y ES) que se dispone o se renueva o se agota. Todo esto, supone repensar las nociones de “tiempos muertos”, de los “años sabáticos”, la diversidad de las razones de las demandas de los permisos laborales sin goce de sueldo, las bifurcaciones profesionales voluntarias, los burnouts, las “pausas”, etc. Todas estas experiencias podrán interpretarse, al menos en parte, desde una perspectiva propiamente energética. Aquí también es evidente hasta qué punto la cuestión de la vitalidad y los regímenes de energía desbordan del estricto marco etario.

Cada individuo podrá ser analizado a lo largo de su vida como un *gestor de energías*. Esto implica examinar atentamente las modalidades por las cuales los individuos de todas las clases sociales y de todos los géneros, y en todos los grupos etarios combinan y dosifican la EM y la ES. Esto invita a construir nuevos vocabularios para diseñar los procesos de ahorro o sobreinversión, de acumulación o extracción, de despilfarro o regeneración de energía. Pero esto supondrá también nuevos análisis críticos de claro tinte normativo diferenciando entre “buenos” y “malos” gestores del volumen total de energía, de una correcta o deficiente o desequilibrada gestión de un tipo de energía en detrimento de la otra, etc. La sociología de la vitalidad diseñará así un eje de análisis autónomo con respecto a una mera sociología del envejecimiento (lineal e irreversible) e irreductible a una sociología etaria.

Esto debería llevar a complejizar y singularizar los análisis en torno a figuras trans-etarias, trans-genéricas, trans-clasistas de infatigables o hiperactivos (que no son lo mismo), entre personas energético-extractivistas o individuos generadores o donadores de energía, entre actores cansados, depresivos, quemados, agotados (que no son tampoco lo mismo).

[5.] *Conflictos*. En fin, sin ninguna exhaustividad, y solo a título ilustrativo en espera de investigaciones empíricas, una sociología de la vitalidad problematizará nuevos *conflictos* entre grupos etarios, irreductibles a la cuestión de las generaciones, sobre todo entre jóvenes y adultos mayores. Los últimos no solo intentan relativamente paliar a través de distintas estrategias su déficit de EM, sino que tienden sobre todo a concentrar en su provecho diversos recursos, varios de ellos entrañando significativos suplementos a nivel de las ES (estatus, remuneraciones, empleo, políticas sociales).

La sociología de la vitalidad deberá abordar desde otras bases tanto la cuestión de la desigualdad etaria, pero también, siempre desde el registro de los regímenes de energía, las inequidades entre jóvenes acomodados y de origen popular. En el centro de esta mirada crítica se encuentran los desequilibrios energéticos. La tensión entre EM y ES da cuenta de uno de los grandes desafíos de los individuos, irreductible al solo caso de los jóvenes, pero que tiene y toma en ellos proporciones particulares. Pensemos en la danza. Si en el siglo XIX el vals puso en escena el anhelo de liberación de las jóvenes parejas que girando sobre sí mismas teatralizaban su voluntad de escaparse de los candados formales de la burguesía, desde mediados del siglo XX diversos tipos de danza (del rock al hip hop, del rap al *moonwalk*) han buscado teatralizar explosiones de

energías como rasgos específicos del ser joven, acelerando e intensificando los movimientos con el fin, al menos implícito, de acentuar la distancia entre el ser joven y los otros grupos etarios. Pero detrás de estos movimientos rápidos y sincopados también es factible advertir –o elaborar como figura crítica– una posible frustración juvenil: si los adultos mayores son globalmente más lentos corporal o mentalmente (menor EM), gracias a otras coordenadas energéticas sociales pueden ser más rápidos, tener el poder de desplegar más capacidades, incrementar sus modalidades de agencia.

Desde el horizonte de una sociología crítica de la vitalidad podrán así realizarse, muy concretamente, estudios sobre la variedad, el tipo o el número de actividades efectuadas por unos y otros, allende el solo criterio etario. Se diseñará así una nueva sociografía de privilegios entre aquellos que mantienen o renuevan su vitalidad, su implicación e interés por la vida y todos aquellos que, a pesar del vigor de su EM (o a causa de ella) se encuentran encerrados en experiencias de desamparo, aburrimiento, inactividad forzada.

El contraste llega a veces a ser extremo entre ciertas personas de edad que poseen una muy nutrida agenda de actividades y jóvenes que padecen de escasas actividades en medio de una plenitud energética metabólica. No es una ilustración meramente especulativa. Ciertas políticas sociales buscan explícitamente “canalizar”, varias veces a través del deporte (boxeo, USA), el surplus de energía metabólica sin destino social que padecen jóvenes precarizados. Los estudios sociológicos sobre el aburrimiento han señalado lazos entre la energía y las desigualdades de género (Lapeyronnie, 2022).

En un registro similar, la sociología de los regímenes de energía invita a problematizar la cuestión de las uniones entre personas de edades distintas. Sin excluir consideraciones estatutarias, es posible formular la hipótesis que los pudientes y poderosos (tradicionalmente hombres, aunque cada vez más mujeres, u otros géneros pertenecientes a este grupo) buscan la “juventud”, el suplemento de energía social que aporta la vida en común con alguien de otro grupo etario. En cuanto al miembro más joven de la unión es necesario complejizar su situación: el menor poder que en términos de recursos o estatus goza (ES) se ve envuelto o se compensa por las asimetrías energéticas metabólicas de las que goza. Si por lo general, como lo muestran varias encuestas, los jóvenes declaran tener más proyectos futuros que los adultos mayores,

una sociología crítica de la juventud sin desconocer esta dimensión abre a la exploración de situaciones más controversiales, ambivalentes, contrastadas, desiguales.

Bibliografía

- Alter, Norbert (2009). *Donner et prendre*. Paris: La Découverte.
- Arendt, Hannah (1994). *Condition de l'homme moderne* [1958]. Paris: Pocket.
- Attias-Donfut, Claudine ; Arber, Sara (2000). *The Myth of Generational Conflict*. London: Routledge-ESA Studies in European Societies.
- Barrère, Anne ; Martuccelli, Danilo (2009). *Le roman comme laboratoire*. Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion ;
- Baudelot, Chistian, Establet, Roger (2000). *Avoir 30 ans en 1968 et en 1998*. Paris: Le Seuil.
- Borch, Christian (2013). *The Politics of Crowd*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bourdieu, Pierre (1992). « La jeunesse n'est qu'un mot » [1978], in *Questions de sociologie*. Paris: Minuit, pp.143-154.
- Boutinet, Jean-Pierre (1998). *L'immaturité de la vie adulte*. Paris: P.U.F.
- Butler, Judith (1999). *Gender Trouble* [1990]. New York: Routledge.
- Caradec, Vincent (2008). *Sociologie de la vieillesse et du vieillissement*. Paris: Armand Colin.
- Chauvel, Louis (1998). *Le destin des générations*. Paris: P.U.F.
- Clément, Serge (1997). « Qualités de vie de la vieillesse ordinaire », *Prévenir*, n°33, pp.169-176.
- Collins, Randall (1998) *The Sociology of Philosophies*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Collins, Randall (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Anthropos.
- Collins, Randall. *Charisma* (2020). New York: Taylor and Francis.
- Dorlin, Elsa (2008). *Sexe, genre et sexualités*. Paris: P.U.F.
- Dubet, François ; Martuccelli, Danilo (1998). *En la escuela*. Buenos Aires: Losada.
- Durkheim, Emile (1985). *Les formes élémentaires de la vie religieuse* [1912]. Paris: P.U.F.
- Ehrenberg, Alain (1998). *La fatigue d'être soi*. Paris: Odile Jacob.

- Eisenstadt, Samuel N. (1956). *From Generation to Generation*. Glencoe, Il.: Free Press.
- Erik Erikson (1959). *Identity and the Life-cycle*, London: Norton.
- Ferrara, Alessandro (1999). *Autenticità riflessiva*. Milano: Feltrinelli.
- Galland, Olivier (1991). *Sociologie de la jeunesse*. Paris: Armand Colin.
- Guénin, Didier-Marie (2008). *L'enfant de la distance*. Paris: P.U.F.
- Johan Heilbron (2006). *Naissance de la sociologie*. Marseille: Agone.
- Jane Jacobs (1969). *The Economies of Cities*. New York: Random House.
- Kirouac, Laurie (2015). *L'individu face au travail-sans-fin*. Québec: Les Presses de l'Université Laval.
- Lapeyronnie, Didier (2008). *Ghetto urbain*. Paris: Robert Laffont.
- Lapeyronnie, Didier (2022). *L'ennui, l'ombre de la modernité*. Paris: Rue de Seine.
- Laurent, Pierre-Joseph (2010). *Beautés imaginaires*. Louvain-la-Neuve: Academia/Bruylant.
- Mannheim, Karl (2011). *Le problème des générations* [1928]. Paris: Armand Colin.
- Martuccelli, Danilo (2010). *¿Existen individuos en el Sur?* Santiago: LOM Ediciones.
- Martuccelli, Danilo (2017). *Sociologia dell'esistenza*. Napoli-Salerno: Orthotes Editrice.
- Mead, Margaret (1979). *Le fossé des générations* [1971]. Paris: Denoël/Ganthier.
- Otero, Marcelo (2012). *L'ombre portée*. Montréal: Boréal.
- Scott, Joan W. (1986). "Gender: A Useful Category of Historical Analysis", *American Historical Review*, 91, 5, pp.1053-1076.
- Sen, Amartya (1992). *Inequality Reexamined*. Oxford: Oxford University Press
- Simmel, Georg (1998). *El individuo y la libertad*. Barcelona: Ediciones Península.
- Singly, François de (2006). *Les adonaissants*. Paris: Armand Colin.
- Tabboni, Simonetta (1992). *Costruire nel presente*. Milano: Franco Angeli.
- Van de Velde, Cécile (2008). *Devenir adulte*. Paris: P.U.F.
- Van de Velde, Cécile (2015). *Sociologie des âges de la vie*. Paris: Armand Colin.
- Waller, Willard (1965). *The Sociology of Teaching* [1932]. New York: John Wiley and sons.
- Weber, Max (1944). *Economía y sociedad* [1922]. México: F.C.E.
- Paul Yonnet (1985). *Jeux, modes et masses*. Paris: Gallimard.